Dramaturgia española de hoy

de Fermín Cabal

Domingo Miras

Dramaturgia española de hoy

de
Fermín Cabal

Edita
Ediciones y Publicaciones Autor, 2009, 496 págs.

ISBN
978-84-8048-797-9

Fermín Cabal ha suplido nuestra ignorancia con un libro necesario. ¿Conocemos bien a nuestros autores vivos? Creemos conocerles, y vivimos en el error. Basta leer una cualquiera de las entrevistas que componen *Dramaturgia española de hoy* para comprobar lo rudimentario, lo exiguo, lo insuficiente de nuestros conocimientos. Los dramaturgos entrevistados por el diligente autor dan unos detalles sobre su vida espiritual, sus gustos y afectos, su relación con la musa que les canta, sus trabajos de amor perdidos o aprovechados y, en fin, su peripecia laboral en todos sus aspectos, que rebasan y superan infinitamente las parcas noticias que de ellos teníamos.

Claro está que la nómina de autores contenida en el libro no es exhaustiva ni podría serlo, puesto que el número de autores teatrales en nuestra tierra es prácticamente infinito, pero son muchos, muchos los que están en él contándole a Fermín y, a través de él a nosotros, sus vidas, afanes y trabajos. Son nada menos que 21 (veintiún) dramaturgos, además de Buero Vallejo, que encabeza la relación por razones de paternidad, y otros tres que la cierran en forma de coloquio informal en que amenamente charlan entre sí; así que se puede decir que son veinticinco los que por estas páginas desfilan. Si alguno de los que no figuran en el libro se sintiera (lo que no creo) injustamente excluido, sin duda ahogará sus quejas en el placer de la lectura, pues olvidándose de sí mismo y engolfándose en el libro, se procurará un solaz y una beatitud que tal vez no disfrutaría si figurase en él, acosado por la inquietud que suele acompañar a la publicidad de sí mismo: ¿habré quedado bien, o habré hecho el ridículo? ¿habrá algún hijo de puta riéndose de mí? Achaques son que el cielo envía a quienes públicamente se despojan y se muestran, y no digamos si lo mostrado es tan íntimo como los valores y recursos espirituales que Fermín ha extraído de sus entrevistados con su hábil anzuelo.

Se inicia el libro con una amplia dedicatoria a Alberto Miralles. Una dedicatoria extraordinariamente oportuna porque, en un trabajo dedicado a dar a conocer el teatro español vivo, el recuerdo de Miralles, que tanto y tan tenazmente luchó en su defensa, es una referencia obligada y un tributo que se le debe. Evocando la relación personal que había entre ambos, dice el autor: *Por entonces, discutíamos mucho. No estábamos de acuerdo en casi nada, salvo en lo importante: que había que defender el teatro, que eso no se podía hacer sin defender al autor vivo, y que las instituciones eran el enemigo natural del artista.* Cierto, cierto que discutían, y cómo. En las jornadas de Verines (2001) sus rostros enrojecían en el calor de la discusión. Ambos querían defender al autor español vivo, pero con distintos matices: Fermín Cabal, regresado de una larga estancia en Estados Unidos y empapado de aquel teatro fuerte y realista, sostenía que, sin perjuicio de nuestro legítimo derecho al estreno, debíamos esforzarnos en mejorar porque éramos bastante malos, y al pobre Alberto se lo llevaban los demonios: *¡Si empiezas por decir que somos malos, quién nos va a estrenar!* Paradójicamente, el tiempo ha repartido la razón entre ambos, porque ahora han aparecido muchos autores que escriben maravillosamente y estrenan con bastante regularidad. Además, algunos sostienen que a quienes pasen de cincuenta años hay que jubilarles. Tienen razón.

Una Introducción da cuenta de la intencionalidad y objetivos de su trabajo: por un lado, la curiosidad y quizá el capricho, y por el otro, la orientación de *los jóvenes que se inician en esta difícil profesión,* que son los destinatarios del libro, aquellos a quienes va dirigido. Naturalmente, da los criterios que han presidido su selección, y que a cualquier lector desinteresado le parecerán perfectamente razonables y plausibles. Y también anuncia los temas sobre los que sus entrevistados tendrán que sin-

cerarse: vocación, formación, poética personal y procedimientos técnicos. No cabe duda de que, ante semejante anuncio, el lector se sentirá espoleado por una curiosidad posiblemente malsana: vamos a ver qué formación tiene fulano; o qué poética personal puede tener mengano… Los entrevistados entran decididamente al trapo y cuentan por extenso sus múltiples lecturas, sus profundas reflexiones, sus estudios filosóficos, las inspiraciones que reciben, su método de trabajo cotidiano, su vida entregada por entero al teatro entendido como vocación. Una especie de confesión general que les vacía y se nos ofrece para un conocimiento completo de un amplio muestrario de autores cuyo conjunto forma una panorámica bastante fiable de la dramaturgia española actual.

La entrevista con Antonio Buero Vallejo tiene la condición de Prólogo. ¿Por qué? Pues no lo sé. Supongo que porque Buero falleció en el año 2000 y, por tanto, no es un autor *de hoy*. Bueno, podemos dejarlo pasar, aunque habría que aclarar qué es lo que entendemos por «hoy», o por «actual». Sin necesidad de ser clásicos, hay muertos biológicos que están vivos teatralmente, y vivos que ya están difuntos. Sin ir más lejos, en la última temporada se ha estrenado una versión de *Madre Coraje* de Buero, precisamente. En fin, de una manera o de otra, la entrevista con Buero es la primera, como debe ser, con su vaso de leche (de *blanco elemento,* como dice Fermín) y la botella de whisky con que convidó al entrevistador y al fotógrafo. ¡Vaya, con el entrevistador y el fotógrafo, que se bebieron el whisky del maestro! Cuando Miralles y el abajo firmante fuimos a pedirle que aceptara ser el presidente de honor de la Asociación de Autores de Teatro, el whisky se lo llevamos nosotros. Una botella de Chivas que nos bebimos entre los tres (dijo que de su casa no salíamos hasta que no la apuráramos) y, claro, nuestra charla transcurrió por derroteros mucho menos técnicos y espirituales que la que sostuvo con Fermín. En esta, Buero habla de todo, de su condición de autor simbolista más que realista, de la famosa polémica del posibilismo, de los factores subconscientes que intervienen en su teatro, de aquel cuento de Wells *La puerta en el muro,* de sus razones para quejarse de las gentes que le atacan tontamente, los que le buscan antecedentes concretos sin la menos seriedad. *No sé, es difícil aguantar esto un día tras otro,* llega a decir. *Pero lo aguantas,* replica Fermín. Y responde: *Yo lo aguanto todo… Comprenderás que a estas alturas…* Y la entrevista termina con una alusión, provocada por Fermín, al contenido de *Las trampas del azar,* en la que Buero confiesa la inquietud que le producen esas «coincidencias significativas» de Jung que en algún momento ha sospechado próximas a él. Una confidencia íntima que ha extraído a su entrevistado para cerrar al diálogo.

Y ahora viene el otro grande, el que hace pareja con el anterior: Alfonso Sastre, el antagonista indispensable. Nunca se han podido ver, y siempre se les piensa juntos. El teatro español parece consistir en Buero y Sastre y, tras ellos, todos los demás. Son pareja a su pesar. Ninguno de ellos se imaginaría junto al otro en un monumento común como el de Goethe y Schiller delante del teatro de Weimar, compartiendo pedestal, o uno a cada lado de la puerta de la Ópera de Dresde, y no digamos sus túmulos iguales y paralelos a un metro de distancia en el mausoleo ducal. No, no, qué locura. ¡Cómo

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada… **Puedes y debes hacerlo**

ASOCIACIÓN DE AUTORES DE TEATRO

Sección autónoma de la Asociación Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. http://www.aat.es

se hubiera enfadado cualquiera de ellos si algún bromista le hubiese sugerido algo así! Buero y Sastre no se sentían pareja, todo lo contrario. Se sentían dispareja. Y, sin embargo, a los estudiosos (¡nuestros queridos estudiosos!) no les parecen tan disparejos, en absoluto. Los dos cultivan la tragedia, los dos son rojillos, los dos escribieron en los años más férreos, los dos fueron populares en el medio estudiantil, los dos recibieron el inmediato reconocimiento académico en el extranjero… No parece del todo desacertada la instintiva asociación que la plebe establece entre ambos al instaurar el binomio Buero/Sastre. Desde luego, Goethe y Schiller se parecían entre sí infinitamente menos, y ahí están. La antipatía personal entre ambos, que era pública y notoria, fue el obstáculo tajante y absoluto que les impidió sentirse complementarios. En el libro de Fermín esa antipatía es visible por parte de Sastre, como por parte de Buero lo era igualmente para cualquiera que hablase con él. Por eso resultó sorprendente un acto de la AAT cuya fecha no puede concretar mi memoria: hablaba Alfonso en el estrado, y dijo que era injusto y lamentable que Buero Vallejo hubiese muerto sin llegar a recibir el Premio Nobel. La viuda de Buero, Victoria Rodríguez, que estaba sentada a mi lado, se quedó estupefacta y, al término del acto, se acercó a Sastre para darle las gracias. En fin, mal que les pese, en la *Dramaturgia española de hoy*, Buero y Sastre están juntos, como siempre.

El recientemente desaparecido José María Rodríguez Méndez acude a continuación a rescatar para la memoria algunas cosas dignas de recuerdo, incluso de su infancia, como aquellas *quijotesas* del espectáculo *Pida por esa boca* que cantaban: «Dulcinea del Toboso fue princesa por amor, pero hoy somos quijotesas contra el fascismo invasor». No hace falta decir en qué zona se cantaba eso durante la guerra. Maravillosas anécdotas de la rica y agitada vida de este autor. En Buenos Aires conoció y trató a Ernesto Che Guevara, en Barcelona vio a Bertolt Brecht saludar al público del Liceo tras la *Turandot* que dirigió allí (¡)… Recuerda su relación de entrañable amistad con José Martín Recuerda, con quien podemos decir que sí formó una pareja que podría compartir pedestal ante la fachada de un teatro.

Ana Diosdado es la cuarta víctima del acoso de Cabal. La repentina irrupción que hizo al son de sus tambores, la fantástica noticia del Generalísimo Franco poniendo título personalmente a las obras teatrales, aquella censura de derechas, que prefería *El Mundo* a *El País*… El teatro que hacen los jóvenes…, ¡hum!… Es una entrevista muy distendida, más bien una charla de amigos relajada y divertida.

El presidente Campos se arruinó primero, y después se puso a bailar. Y, de paso, también a escribir. Dada la conocida vehemencia con que insiste en dirigir él mismo lo que escribe, Fermín aventura que sus ideas de dirección deben ser previas a la escritura, pero se equivoca. Al contrario que Salieri, Jesús Campos practica *prima la parola e poi la musica:* «Todos mis espectáculos parten de textos dramáticos que he escrito previamente, y es en la soledad del gabinete, sin excepción, donde se conciben». Sus consideraciones sobre la travesía del autor vivo a través de la transición política deben leerse con atención.

Boadella y sus problemas con la creación colectiva, Boadella y sus problemas con la amada patria. Ay, nadie es profeta en su tierra. Las patrias no quieren que sus hijos las alaben, quieren que sus hijos las adulen. El teatro y su progresivo despojo de accesorios para irse quedando en su condición de puro rito, de celebración de nosotros mismos como seres irrepetibles y fugaces.

Benet i Jornet se siente pesimista y maniacodepresivo, pero, afortunadamente, tiene a Sergi Belbel para levantarle los ánimos. *Sergi, he cagado otra mierda y estoy desesperado. —¿Me la mandas? —Te la mando ahora. —Pero, hombre, si esto es estupendo. Esto es lo que tienes que hacer: bla, bla, bla, tienes que cambiar esto y tirar por aquí. —Yo ni rechisto. Vale, vale, vale, claro, claro, claro, pa, pa, pa.* Y Fermín, con la boca abierta. Cuando se ha pasado la benéfica influencia de Belbel, el pesimismo vuelve a caer sobre Benet. Sus últimas palabras en la entrevista, son: … *la mayoría de mis obras son una mierda.* Una autocrítica tan severa, por no decir tan brutal, me hace recordar aquel epitafio que puede verse en la Catedral de To-

ledo, que dice *Hic iacet nihil,* y del que comenta Ortega que es la magnífica soberbia de la humildad extrema. En todo caso, Josep Maria Benet i Jornet tiene la suerte de haber unido el trabajo y el placer, pues dice textualmente (pág. 157) que *escribir es como joder.* Prescindamos de todo comentario, pues ya se sabe que el placer de la jodienda es inefable.

Al llegar a este renglón, un volcán, un Etna hecho, quisiera arrancar del pecho pedazos del corazón. ¡Maldición! ¡Ya voy por la cuarta página! ¿Cómo va a quedar esto de largo? Luego, al ver la longitud que tiene, no habrá quien lo lea, lo que quizá me beneficie… Nada, nada, hay que abreviar, y abreviar drásticamente.

El libro de Fermín Cabal fluye como un río caudaloso y ameno entre los verdes vergeles de la dramaturgia patria, cruzando hermosos paisajes sucesivos, floridas praderas y rumorosas arboledas consagradas a los distintos autores que va visitando. Llega así a las suaves playas de José Sanchis Sinisterra, nuestro dramaturgo estudioso que, tras peregrinar por Brecht, Bajtin, Beckett, Jauss, Iser, Laing, Pinter, Kafka, Joyce, Franco Rella, Benjamin, etc., dice que *recobra su optimismo histórico, su ingenuidad, con que haya una persona, un adolescente que se sienta arañado, tocado, emocionado y que algo se le remueva.* Seguramente, el teatro no provoca revoluciones históricas, pero sí puede provocar una cierta inquietud en un espíritu afín, y Sanchis piensa, modestamente, que no es poco. Ahora, el libro nos lleva suavemente hasta José Luis Alonso de Santos, un peso pesado en una anatomía de Giacometti. Fue sucesivamente actor, director y autor. Un personaje rico y complejo, ya desde sus gustos personales: *los libros que a mí me gustan por encima de todo, más que los de literatura, son los de filosofía. Yo sigo explicando a mis hijos filosofía con placer y leyendo a los filósofos.* Un padre ejemplar es el que explica filosofía a sus hijos. Yo no soy capaz de explicar a los míos ni un penalti. La entrevista de José Luis es especialmente amena; todas las cuestiones planteadas por Fermín, a veces incluso con insistencia, las responde con suma sencillez y meridiana claridad, con una sabia mezcla de teoría y de praxis, como gusta de decir Sastre.

En fin, abreviemos aún más. Nuestra siguiente visita es para Sirera, un historiador cuya dramaturgia investiga el periodo en torno a la Segunda Guerra Mundial, que condiciona y determina nuestra historia reciente. Llegamos a Santiago Martín Bermúdez, cuyo corazón está partido entre música y teatro. Si armonizase ambas pasiones hacia un arte común, quizá hiriese el suelo con el talón dirigiendo las danzas corégicas, y tal vez lo haga algún día, pues es hombre inquieto que liba de muchas fuentes, lo que hace su itinerario imprevisible, por más que desgaste sus nudillos llamando con porfía a la puerta de la generación de Fermín Cabal y Alonso de Santos para que en ella le reciban, le admitan, le acojan y conforten en ese calorcillo reparador que da estar dentro de una generación al amor de la lumbre, protegido de la helada soledad del exterior. Por su parte, Ernesto Caballero se siente intermedio entre los autores de texto y los directores. Algo así como un centauro, vamos. Un hermano pequeño de la generación del teatro independiente, que es la generación del poder. Tiene muy claro que hay que reescribir los textos, y esa reescritura la han de hacer, y de hecho la hacen, los directores. La siguiente parada será para Paloma Pedrero, que fue en su infancia una escritora sumamente precoz y que hoy siente con gran intensidad su condición de mujer, la visión femenina del mundo y de los valores; una visión por lo menos tan respetable como la masculina, que a lo largo de la historia se ha impuesto erróneamente como exclusiva, y eso hay que corregirlo. Ignacio del Moral comparte la dramaturgia con su absorbente trabajo en televisión, que no solo es productivo, sino ameno y gratificante, y tiene interés en destacarlo. Comparece a continuación Sergi Belbel, que habla con sinceridad y alegría de su rápida acomodación en el medio teatral y de la sorprendente colaboración laboral que recibe de un perrito mallorquín. El exitoso Jordi Galcerán es un fiel seguidor de las tres unidades, la esencia del teatro, cuyo juego hace que el espectador esté prácticamente dentro de la historia. Rodrigo García afirma textualmente que *hace piezas de teatro para*

atacar a la gente que vota a políticos que ofrecen seguridad y estabilidad. Ahí queda eso. Viene después Angélica Liddell, asidua de Espinoza y devota de Victor Hugo (vaya, yo también, y me alegro de no ser el único), que comenta con Fermín su teatro de resistencia civil mediante la escenificación de su dolor y su cólera. El polifacético Antonio Onetti, autor teatral, director de teatro, director de cine, guionista de televisión que con Benet y Sirera enchufa a la gente a los tiempos revueltos, manifiesta que no soporta al espectador al que hay que dar todo *mascadito.* Antonio Álamo se propinó a sí mismo una travesía del desierto voluntaria y literal, con estaciones en Londres, Benarés y la Alpujarra, viviendo prácticamente del aire. Con tal preparación ascética, no puede sorprender que le visitasen los dioses. Palabras literales de Juan Mayorga: *Lo digo sinceramente: el teatro es un arte de futuro. Yo no lo veo como una reliquia, sino como un medio de representación del mundo muy poderoso.* He aquí un anuncio verdaderamente estimulante para los miembros de nuestra Asociación: adelante, pues: ¡el mañana nos pertenece! Laila Ripoll es hija de los clásicos y Cervantes la bautizó, pues de la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicón, nació el nombre de su compañía. Denuncia con vigor la actual situación de censura práctica con que las distintas comunidades vetan la entrada de determinados espectáculos en sus territorios: su compañía tiene cerrada Castilla-León; también está cerrada Andalucía porque no es andaluza; Galicia y Valencia, por el idioma, y en cuanto a Cataluña, *me da la risa, a ver quién coño va a Cataluña…* Sobre los autores españoles, no cree que en España haya falta de dramaturgos, que el problema son los directores. *Porque los directores no saben leer, y a partir de ahí, mal vamos. Directores que de verdad sepan leer hay pocos. Yo creo que la mayoría de los directores no se resignan a asumir el papel que tienen, que es el de facilitador. El de facilitar el entendimiento del texto y la interpretación de los actores, y entonces quieren ser las reinas del espectáculo, y ahí es donde la cagan.* Me temo que es un problema sin solución. Ideológicamente se define como laica, republicana y de izquierdas, azañista y simpatizante de Marcelino Domingo e Indalecio Prieto. Muchos españoles que eran jóvenes en los años treinta pensaban exactamente así, entre ellos mi padre, y al leer esas líneas he sentido el lejano eco de su voz ya extinguida. Es evidente que no soy el único, otros lectores han sentido sin duda algo parecido. Subproductos extravagantes del libro de Fermín.

Al final, tres autores jóvenes charlan entre sí sobre sus ideas, juicios y prejuicios en materia teatral: Javier G. Yagüe, Pedro Víllora y Juan Carlos Rubio se despachan desde sus distintas perspectivas personales y exponen sus respectivos puntos de vista sobre el eterno problema de la relación entre el director y el texto, hasta que Fermín aprieta el botón de la grabadora y se acabó lo que se daba, cerrándose así el libro un tanto abruptamente, sin un colofón del autor que lo resuma con alguna cosilla de su cosecha, lo que hubiera venido muy bien porque, al fin y al cabo, él es el verdadero protagonista de este viaje sentimental a través de los paisajes de nuestra actual dramaturgia. ■

Visita nuestra web
www.aat.es